

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 221.—15 de Mayo de 1879.

*Dios es caridad (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

GRACIAS EN NOMBRE DE LOS POBRES.

***—Su limosna de 40 rs. ha sido entregada á una familia que pide á Dios por el alma de su querida difunta y bendice á la hija virtuosa que así conmemora el aniversario de su desgracia.

LA PRINCESA ADILIA.

Han desaparecido ó son ininteligibles algunas palabras del manuscrito en que se habla de esta ilustre dama, y no puede venirse por él en conocimiento de la época ni del lugar donde vivia, ni de sus principales circunstancias. Estas debieron ser relevantes, ó grandes su poder, su riqueza ó su hermosura, porque llegado el caso de contraer matrimonio, acudieron principes y reyes á pedir su mano.

Por su posicion, por las costumbres de su país y de su tiempo, ó por lo difícilmente que en todos penetra en los palacios la verdad, Adilia no podia saberla en lo que más le interesaba, ignorando cuáles eran los sentimientos de aquellos hombres, entre los cuales tenia que elegir el compañero de su vida. Cuando procuraba informarse, hablábanle de ilustres y numerosos progenitores, de numerosos y obedientes vasallos, de tesoros sin cuento, de poderío sin límites, y en fin, de todos los esplendores del poder, de la ambicion y de la vanidad humana. Despues que los informantes juzgaban que nada esencial quedaba por decir, ella veia que no le habian dicho nada de lo que le importaba investigar.

La nobleza del carácter, la rectitud de conciencia, la elevación de los sentimientos, la ternura de los afectos, esto era lo que le importaba saber, y de esto nada sabía, porque si alguna cosa preguntaba, por las respuestas veía claro cuán poco debía fiar en ellas.

Perpleja, pensativa, triste, aplazaba su resolución como quien comprendía su importancia y las probabilidades de que fuera desacertada. Apurábanla para que se resolviese los pretendientes, con esperanza cada cual de ser el preferido; los desocupados, que deseaban fiestas; los ambiciosos que pensaban medrar con motivo de la boda, y los aduladores, que hacían depender de ella la suerte del mundo y que siempre aconsejan lo peor.

Comprendió la princesa que aquella situación no podía prolongarse más; pidió quince días más para reflexionar, y al cabo de ellos, en audiencia solemne y rodeada de toda su corte, recibió á sus ilustres pretendientes.

En número igual al de estos, había cadenas de oro, de las cuales pendían, á manera de relicario, recipientes del mismo metal, pero tan pequeños, que en cuanto cabría en ellos una perla gruesa, y dando uno á cada personaje de los que aspiraban á su mano, les dijo:

—Os doy señores las gracias por el honor que me dispensais, y deseosa de hacer os justicia buscaba hace tiempo el modo y no le hallaba; de aquí han provenido mis vacilaciones, no de ningún otro impulso que ofendiese la dignidad vuestra ni menguara la mía. Al fin, con la ayuda de Dios á quien pedía que me inspirase lo mejor para vuestros pueblos, para vosotros y para mí, creo haber descubierto el medio de resolverme con el acierto posible, dadas la limitación del humano entendimiento y la facilidad con que en todo erramos. Cada uno de vosotros colocará en el recipiente que pende de la cadena que le entrego, el objeto que á su juicio valga más de cuantos pueda hallar en un año, que doy de término, y al cabo del cual, aquí mismo convocados, iré examinando los presentes; el que en mi concepto tenga más valor, lo colocaré sobre mi pecho, y el que me lo haya ofrecido será mi esposo: unido á cada presente irá una breve explicación escrita de las circunstancias que pueden hacerle más estimable.

Esto diciendo, levantóse la princesa, saludó con dignidad y sin altanería, dejando asombrados y sorprendidos á sus pretendientes, que hubieron de someterse á la singular condición que les imponía.

II.

Cada cual revolvió sus estados y su imaginación para ver cuál sería el objeto de más valor que pudiera encerrarse en tan pequeño espacio, contra cuyos reducidos límites parecía estrellarse la riqueza de los opulentos, el poder de los poderosos, y hasta la imaginación de los mayores ingenios que en c6rtes y palacios se esforzaban por introducir el objeto más preciado en dige tan diminuto. Para conseguirlo, estimul6se el inter6s y la vanidad, ofreciendo premios y honores: esto hicieron todos los pretendientes, m6enos uno que, dice el manuscrito, no consult6 m6as que 6 su coraz6n.

Largo les pareci6 el a6o 6 todos; pero por largos que parecían los a6os, pasan, y pas6 el del plazo dado por la princesa Adilia, ante cuya presencia y c6rte aparecieron con sus presentes los que en ellos fiaban el logro de su pretension.

Las huellas del temor, de la esperanza, de la incertidumbre, que las dejan muy profundas, not6banse en el rostro de la princesa, y muy conmovida, temblaba. Acerc6ronse 6 ella los que aspiraban 6 su mano, en el 6rden de su mayor resoluci6n y fueron entregando sus dones que eran y tenian las leyendas siguientes:

Una perla de regularidad y belleza muy raras. *Para sacarme del fondo del mar muchos hombres han expuesto la vida, y alguno la ha perdido.* Adilia arroj6 el presente al extremo de la mesa en que habia de colocarlos todos m6enos el que aceptase.

Una preciosa esmeralda. *He adornado la espada de un famoso conquistador y visto humillarse multitud de pueblos vencidos.* Fue puesta al lado de la perla.

Un diamante de grandes dimensiones que se tall6 de modo que una parte de 6l entrase en el reducido recipiente. *Soy el primero de la primera corona imperial; el Sol, cuya luz embelezco y multiplico, brilla m6enos que mi gloria.* Se le apart6 con un desden proporcionado 6 su altanería.

Un polvo blanco. *Soy un remedio en la enfermedad.* Qued6 sobre la mesa, pero colocado como cosa que se aprecia.

Una banda arrollada en que estaba escrito con caract6res diminutos: *Soy una verdad que acerca 6 Dios y un precepto de justicia para los hombres.* La princesa la pos6 con respeto, dej6ndola cerca de sÍ.

No faltaba m6as que un presente; adelant6se con timidez un

mancebo á ofrecerle: consistía en un líquido diáfano con esta leyenda: *Soy una lágrima de compasion*. Las de Adilia cayeron sobre el collar que rodeaba su cuello, y extendiendo la mano, se la dió de esposa al que como ella sentía. Dice la historia que fueron felices, que consolaron á muchos desdichados, recordando siempre, que el lazo que los unía se formó por la piedad hácia el mísero que padece.

Gijon 2 de Mayo de 1879.

CONCEPCION ARENAL.

LA CAJA DE AHORROS DE MADRID

Y EL DERECHO.

La Real Academia de Ciencias morales y políticas ha dado en uno de sus certámenes como tema, los medios de *promover* el ahorro: si hubiera propuesto los de *escarmentarle*, nos parece que podían optar al premio la Caja de Ahorros y el Sr. Ministro de la Gobernacion, que lo era en 3 de Mayo de 1877. Este parecer nuestro se apoya en un Real decreto, que hace pocos dias hemos leído en la *Gaceta* con extrañeza y dolor, y por el cual se viene en conocimiento de los hechos siguientes:

1.º Un imponente en la Caja de Ahorros deja en ella una cantidad, llena todas las formalidades prescritas, y recoge su libreta de imposición.

2.º Un estafador se presenta en las oficinas de la Caja de Ahorros fingiendo ser el citado imponente, pide y obtiene un duplicado de dicha libreta, que se le expidió, según se dice, con todos los requisitos y formalidades que en tales casos se requieren.

3.º Que en virtud de la libreta entregada al estafador, éste cobró la cantidad que en ella constaba.

4.º Que se presentó el imponente á cobrar su dinero, y se le negó por aparecer ya pagado.

5.º Que el imponente recurrió al Sr. Ministro de la Gobernacion, que tuvo por buena y confirmó la negativa de la Caja de Ahorros.

6.º Que el imponente recurrió al Juzgado, que el Gobernador promovió una competencia al Tribunal que procedía contra un empleado del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, y contra el alcalde de barrio que expidió el volante con que se

obtuvo la cédula personal que sirvió para la estafa, y que esta competencia no se ha resuelto hasta Marzo último, siéndolo á favor de la Administracion por lo que toca al empleado.

7.º Que el imponente, cuyas economías sabe Dios de cuántos esfuerzos y privaciones serian fruto, se ve privado de ellas cuando las necesitaba, puesto que acudia á cobrarlas, y que en vez de este recurso, de cuya falta podrán resultarle acaso males irreparables, se ve obligado á figurar como actor en una causa criminal con todos los sinsabores, gastos, vejámenes y tal vez peligros que en ello pueda haber.

8.º Que han pasado dos años, y no se sabe cuánto tiempo pasará antes de que la causa se falle, y que si el estafador ó estafadores resultan insolventes, el que llevó sus economías á la Caja de Ahorros las perderá, si no se vuelve sobre lo acordado.

Ahora, díganos el lector, si nuestra opinion, que debió parecerle extraña y aun extravagante antes de conocer los hechos, no le parece razonable una vez conocidos, y si la Administracion y la Caja de Ahorros, sin voluntad por supuesto, no hacen mucho por escarmentar el ahorro.

Las cuestion es de derecho, y á nuestro parecer tan clara y sencilla, que para resolverla bien, no se necesita más que pensar en ella un poco. El Monte de Piedad y Caja de Ahorros dice al público: Si quieres traerme tus economías, las prestaré al 7 por 100, próximamente, y te daré el cuatro; ya que el rédito sea tan mezquino, tan poco á propósito para estimularte al ahorro, al menos tendrás seguridad. Yo respondo de los fondos que me confias, como todo depositario autorizado por la ley, y para esto formo reglamentos, exijo formalidades, tomo precauciones, y nombro empleados; mi fianza material es un capital cuantioso, mi fianza moral es mi crédito, mi justicia la respetabilidad de las personas que dirigen mis asuntos.

El público cree esto, lleva sus economías á la Caja de Ahorros, y se vá tranquilo respecto á que quedan seguras; podia irse hasta aquí, ahora no. ¿Por qué?

Por una equivocacion deplorable. En el caso de que nos ocupamos, ó en cualquier otro análogo, *la estafada ha sido la Caja de Ahorros, no el imponente*. La Caja es la que se ha dejado sorprender y engañar, y aunque su empleado no resulte culpable sino de imprudencia temeraria, como supone el juez, á ella corresponde el pago de la cantidad estafada que debió satisfacer inmediatamente, sin perjuicio de reclamarla de los culpables. El público no confía el dinero á un D. Fulano, emplea-

do que no conoce, sino á la Caja, que cree conocer y en quien confía. La Caja es la responsable, tiene con qué responder, el acreedor es legítimo, la deuda sagrada. ¿Por qué no la ha pagado? No puede ser más que por error.

Si el empleado que pagó al estafador y éste resultan insolventes, la Caja pierde lo indebida ó equivocadamente pagado, como pierde un banquero el importe de una letra falsa que abona, sin que le ocurra siquiera privar de su importe al portador de la letra legítima. ¿Y el Estado, y una corporacion respetable y respetada tendrá una moralidad menos severa que el último banquero?

Si no hay quien responda de la cantidad estafada de que vamos hablando, la Caja de Ahorros debe perderla; es una quiebra inevitable como otras que habrá tenido y tendrá, y tienen todos los establecimientos de préstamo y de crédito. Esa cantidad, han dicho al negarse á abonarla á su dueño, constaba en los libros como pagada, y todo estaba allí en regla. ¡Los asientos y los libros! ¿Ha de posponerse la justicia á fórmulas burocráticas, y despedazarse cuando no quepa en las casillas de un libro de asientos? Mas vale anotar en él una página ó inutilizarla, que escribir otra que no debe tener en su historia ningún establecimiento de crédito y menos una institucion piadosa.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 3 de Mayo de 1879.

EL PEQUEÑO FAEL.

Mayo suele ser un mes traidor, especialmente en Madrid.

De dia mucha belleza, mucha poesia, mucho aroma, mucha temperatura tibia. Se le llama *mes de María* y *Mes de las flores*, uniendo así lo más tierno del lenguaje religioso, que es el dulce nombre de la Madre de Dios, y lo más poético del reino vegetal, que es el perfume del clavel y de la rosa.

Debiera además llamarse á Mayo el mes de las esperanzas, porque cuando la naturaleza toda, á impulsos de las brisas primaverales, abre capullos de flores y botones de plantas, natural es que el corazon humano se abra tambien á las halagüeñas emociones de la esperanza.

Pero de noche es diferente. Pobre del que se arriesgue á sa-

lir á la calle sin defensa de abrigo, confiando en la temperatura templada del dia, porque se expone á una de esas pulmonías disfrazadas de simple catarro, que nos traen los aires frios de Guadarrama y Navacerrada.

Esto pensaba yo hace algunas noches yendo por la calle de Alcalá á la una de la madrugada. Al pasar por delante del Velloz-Club, iluminado interiormente como si fueran las ocho de la noche, divisé junto á la aristocrática puerta un bulto metido en el hueco de una claraboya ó pequeña reja baja y á una voz infantil que me decia: «Caballero, ¿me da V. una limosnita por corta que sea?»

La hora, el sitio y la voz me interesaron. Iba á pasar de largo despues de darle una moneda, cuando me detuvo la figura del pequeño mendigo cuando se incorporó para darme las gracias. Hacia una luna clarísima y pude verle bien. Era un niño de 8 años, (luego supe que tenia exactamente esta edad), rubio, de hermoso semblante, pero del más miserable aspecto. Iba descalzo, con pantalón y chaquetilla viejísima y rota, y sin nada á la cabeza.

Me fijé en aquel niño y una simpatía curiosa me hizo preguntarle qué hacia allí. Me contestó con tono sencillo que estaba en aquel sitio esperando la salida de los señores del Club, porque algunas veces le daban limosna, pero que ya tenia bastante y se iba á su casa donde su padre le estaria esperando.

Echó á andar, en efecto, con las manos cruzadas como para abrigarse el pecho. Yo le seguí maquinalmente. Aquel contraste del pequeño mendigo á la puerta de los grandes señores excitaba mi simpatía. El niño se dirigió por las calles de Sevilla y del Príncipe, y mi correria tras él no fué perdida, porque me proporcionó tiernas impresiones.

La primera fué que al llegar á la calle del Príncipe, salia la gente del teatro y, en la precipitacion, mi pequeño mendigo pisó la falda de una señora que iba cogida del brazo de un caballero. La señora hizo un gesto y una exclamacion para libertar su vestido de la presa que habia hecho involuntariamente el pié desnudo del niño. Su acompañante lo advirtió y levantó el palo como para castigar al rapazuelo; pero la señora debia tener corazon compasivo, pues detuvo la accion exclamando:

«Déjalo. ¡Pobrecillo! Lo ha hecho sin querer. Y mira qué frio tiene. Toma, niño, toma.» Y al decir esto, le dió una moneda. El marido, hermano ó amigo, no quiso ser menos y añadió otra moneda.

El niño dijo con fervorosa sencillez: «¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague!» siguió gozoso su camino y yo siempre tras de él.

Más adelante, en la calle de Atocha, nos cruzamos con un pobre ciego, conducido por otro niño, que sin duda se retiraba á su casa. Al encontrarse, el lanzarillo del ciego dijo al pequeño mendigo:

«Adios, Fael. ¿Has sacado mucho? ¿Cómo está tu padre?»

«Está lo mismo, contestó, pero va á estar mejor porque ha sido esta una noche muy buena. Le llevo cuatro monedas de plata, y con esto podrá comprar la medicina aquella tan cara.»

Ya sabia yo que mi pequeño amigo se llamaba Fael, (gracioso diminutivo de Rafael) y que era hijo de un padre enfermo y pobre. Me interesaba aquella criatura, y la seguí hasta una modesta casa cercana al Hospital general. Entró y entré; subió y subí tras él á una altísima boardilla donde se me presentó un cuadro interesante. En un cuartito, que parecia un sepulcro, habia un jergon de paja y en él se hallaban un viejo y un jóven de unos 13 años. Eran el padre y el hermano de Fael.

Por lo que pregunté y me contestaron, supe la deplorable historia de aquella familia. El padre, viudo hace años, era cajista de una imprenta; quedó baldado y sin posibilidad de trabajar ni de ganar un céntimo para mantenerse y mantener á sus hijos. Entonces consiguió que en la misma imprenta donde habia estado él tantos años, admitiesen á su hijo mayor para trabajos sencillos y mecánicos, por los cuales ganaba dos reales. De dia hacia Fael de enfermero de su padre: de noche le reemplazaba su hermano, y Fael iba á buscar en la mendicidad algunos cuartos para ayudar al sosten de la familia.

Aquella noche habia sido productiva y las monedas de plata fueron el mejor calmante para los dolores crueles del pobre baldado que pudo ya costear una medicina cara que necesitaba. Oí en aquel camaranchon frases que me conmovieron: gratitud, alegría, confianza y resignacion.

Creo que la pobre familia de Fael tendrá ya alivio en su triste situacion, porque ha sido recomendada á una junta de caritativas señoras, á cuya generosidad nunca se apela en balde.

Yo me retiré complacido de aquella noche. En el teatro se habia representado una comedia en que se pintaba un acto de caridad en buenos versos y por buenos actores. El público aplaudia á estos y al autor. Y, sin embargo, más al vivo, como

que era hecho positivo y no ficción literaria, yo había presenciado tres episodios dignos de que Blasco, Larra ó Breton los tomaran para argumentos de su fecunda musa.

Tales eran:

Unos jóvenes que salían del *Veloz-Club* y daban limosna al pequeño mendigo que les esperaba á la puerta.

Una señora compasiva que en lugar de irritarse porque la pisaban su falda de seda, da una limosna al pobrecito que cometió *ese atentado*, é interesa á su acompañante para que la imite.

Y un cuartucho aboardillado, de 12 piés en cuadro, donde hay un baldado que sonríe resignadamente y dos niños que le cuidan amorosamente.

¡Noche de Mayo! ¡bendita seas!

FAUSTO.

CRÓNICAS DE FAMILIA.

En la ciudad francesa de Dieppe, se ha introducido un sistema curioso é interesante para las familias.

Cada vez que se celebra un matrimonio, la autoridad municipal entrega al marido un libro en el cual quedan anotadas el acta del casamiento y las instrucciones necesarias para que se continúe en el libro toda la historia de la familia. Allí, en efecto, se registran luego los nacimientos de los hijos, su carrera, sus inclinaciones, servicio militar si lo prestan, puestos públicos que ocupan y todas las demás vicisitudes importantes de cada individuo.

Parécenos que es un sistema sencillo que convendría difundir. En efecto, continuando esto por muchos años y de una generación á otra, vendría á ser una crónica interesante que nuestros sucesores conservarían con tanto respeto como nuestros antecesores guardaban los pergaminos nobiliarios. Allí se registrarían todos los sucesos de la familia; allí aprenderían los hijos la historia de sus padres para imitarla, y hasta en litigios y cuestiones de carácter civil podrían estos registros ofrecer por el tiempo datos muy curiosos.

Además, esto introduciría en los padres de familia la costumbre de los apuntes que, aunque parezca costumbre-manía, y como tal suele calificarse la que tiene un íntimo amigo nues-

tro, muy conocido en la redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, es realmente un repertorio de datos útiles que ayuda á la conservacion de recuerdos agradables y á la marcha ulterior de todos los actos de la vida civil de la familia.

La municipalidad de Dieppe ha adoptado esta disposicion como medida oficial. Comprendemos que no puede ser obligatoria; pero si el ejemplo fuese aceptado, recomendaríamos á las nuevas familias que se crean la adopcion de este sencillo sistema de crónicas del hogar doméstico.

FAUSTO.

EL NIÑO.

El niño es el fin y el nudo de la familia; por él y para él existe esta. La promesa de ese nuevo sér, prenda de la duracion de la especie humana, ennoblece las relaciones entre los dos sexos; porque la seguridad de esta frágil criatura y el interés moral de esta alma inocente son las que dan fijeza al vínculo conyugal. Por el niño la familia se une y enlaza con la humanidad, para la que prepara un nuevo miembro que en su dia habrá de pagar su deuda en trabajos y sacrificios.

Cualquiera que sea la insignificancia de ese pequeño sér, que, al venir al mundo, apenas se distingue del animal, no puede mirarse sin desdeñ este primer boceto de la humanidad. Por lo ménos, debe considerársele con interés desde el momento en que apunta en él la primera luz de la inteligencia. Puede decirse que la vida moral del niño comienza con la primera sonrisa; con esta sonrisa, tan dulce á los ojos de los padres, tan indiferente para los extraños, pero tan digna de observacion y de admiracion para el pensador y el filósofo, que descubren en ella la aparicion de un alma racional. Hay ya aquí un lenguaje superior al de los animales más inteligentes. ¿No es admirable ver á ese sér tan humilde, tan impotente, en posesion de ese bello idioma de la sonrisa, que habrá de ser más tarde expresion de los grados más finos y delicados del sentimiento? Despues de la sonrisa viene el movimiento de tender los brazos: aquel es la señal de la alegría y de la felicidad; este, el signo del afecto. Se observa que el niño comienza á sentirse á sí mismo y á moverse hácia los demás, así como se aleja de ellos cuando cree percibir muestras de cólera y de amenaza. Ninguno de estos

movimientos inspira desprecio cuando se sabe reconocer en ellos los primeros albores de la personalidad. Ellos muestran que el niño no es una máquina ni una planta, y ni siquiera un animal. Apenas ha nacido y ya posee y manifiesta los caracteres de su especie; tiene un alma, y un alma dotada de sentimiento y voluntad. Por esta razón no debe ser un juguete para los padres, un objeto para ser enseñado, sino una criatura digna de amor que es preciso tratar con el mayor esmero y cuidado.

No hablemos del niño mientras está en la cuna, período de vida que ha sido expuesto por hábiles observadores. Tomémosle cuando ha dejado ya los andadores y abandonado el regazo de su madre. Ojalá pudiéramos pintar esta criatura viva, apasionada, ligera, rica y poderosa, que escapa al análisis del filósofo, lo mismo que escapa su móvil fisonomía al lápiz del dibujante! Para educar á los niños es preciso comprenderlos y amarlos; pero para amar la infancia es necesario saber lo que encierra de verdaderamente bello y digno de ser amado.

Cada edad de la vida humana tiene su belleza propia: la de la vejez es la majestad, la benevolencia con los jóvenes, la confianza en la verdad y la virtud, no sin que las acompañe cierta mezcla de dulce ironía y de ligero excepticismo. La de la edad madura consiste en la fuerza, el valor, el respeto á sí propio y á los demás, la adhesión calurosa y la severa experiencia. La de la juventud, en la generosidad, el honor, el amor apasionado por todo lo grande y el desprecio de la cobardía y el vicio. La belleza en la infancia es la inocencia.

Es preciso no confundir la gracia de la infancia con su verdadera belleza. De un lado, lo corto de la talla, la delicadeza de los rasgos en la fisonomía, la ligereza de los movimientos, la frescura de la voz; del otro, el primer tartamudeo, los conatos de pensamiento, los dichos inesperados, los albores de una imaginación que se despierta, tienen sin duda alguna un atractivo irresistible. Pero bajo el punto de vista moral, no constituye eso el encanto mayor del niño. Los hay cuyas formas son toscas, cuya inteligencia embotada se desenvuelve con trabajo, y no por eso son menos interesantes que los demás; mientras hay otros, por el contrario, que, por brillantes que sean, da pena verlos, porque han dejado de ser niños demasiado pronto.

Puede definirse el niño, diciendo que es una persona que no se conoce á sí propia. Ama sin saber qué es amar; odia sin saber qué es odiar; piensa tan pronto en sí mismo como en los

demás; pero sin reflexionar si piensa en los demás ó en sí mismo; obedece á sus instintos sin comprenderlos; tiene algo de la naturaleza que es bella sin saberlo y sin sentir por ello orgullo. La infancia goza de la vida con abandono y con una seguridad admirable; se entrega por entero al placer del momento, y se puede decir de ella lo que Bossuet de la juventud: «tiende sus alas en todas direcciones dejándose llevar por el viento que la conduce.»

¿Por qué son los juegos de la infancia tan agradables y tan interesantes? Porque nos revelan un alma inocente que goza de la felicidad con deleite y sin pensar en otra cosa. Contemplad al hombre en medio del placer, y notareis que no está allí todo él y por entero; sus sentidos son agradablemente impresionados: pero su imaginacion está descontenta, ó bien la imaginacion está satisfecha, y el pensamiento es el inquieto. Además, con sus placeres se mezcla de ordinario la reflexion: sabe que recibe gusto de aquellos, pero los saborea con inquietud, porque prevé su fin; y á veces esta misma incertidumbre le solicita á traspasar los límites de sus necesidades, persiguiendo los goces más allá de lo debido y de lo natural, y entonces nacen las pasiones, que hacen al hombre en cierto modo esclavo. Pero mirad al niño y ved qué naturales son sus juegos, qué sinceros sus movimientos, cómo su alegría es franca y abierta, cómo toda su alma se muestra en las acciones, en los gritos, en la fisonomía. ¡Qué bella imágen de la serenidad y de la felicidad, no en verdad de aquella que se conoce á sí propia, y que apenas si entreven los más dichosos; pero sí de la ingenua, natural, que nada desea, nada teme, y que no se pregunta si ha comenzado ni si debe concluir!

La risa del niño tiene el mismo encanto: no nace, como en el hombre adulto, de la vista de algo ridículo ó de una relacion extraña é inesperada entre las ideas, sino pura y simplemente de la alegría interior. Cualquiera cosa, nada, provoca esa risa tan franca, tan fresca, tan rica en cierto modo, y que revela un contentamiento profundo. A veces el hombre tambien se rie, como los niños, sin razon y por las causas más fútiles; esa risa es la mejor y la más sana: afloja para bien nuestro las fibras del alma, y nos vuelve por un momento á la felicidad de la infancia, que hemos olvidado, precisamente porque consiste en un abandono y olvido de sí mismo que no deja huellas detrás de sí.

Hasta las lágrimas del niño tienen atractivo. No hablamos

de las producidas por el dolor ó la cólera, sino de las que nacen del pesar. El dolor de los niños es desgarrador, porque es incomprendible, porque la desproporcion entre las fuerzas y el mal dá lástima, porque la belleza de esta edad feliz parece contradictoria con los pedecimientos que la asedian. La cólera del niño, aunque se explica fácilmente por la debilidad y la ignorancia, tiene, sin embargo, algo de feo y de chocante. Pero su pesar es una de las cosas que conmueven más; basta tan poco para afligir á este sér móvil, que con tan poco se consuela! Esta facilidad de entristecerse atestigua lo distante que está de las grandes miserias de la vida y cómo las desconoce; y así experimentamos á la vez compasion y placer, al contemplar un dolor tan vivo y un mal tan ligero. Por lo demás, el niño se pone todo él y por entero, así en la pena como en la alegría; tiene en cierto modo una plenitud de dolor mucho más rara en el hombre adulto, porque está siempre más ó ménos distraido por algun pensamiento involuntario. En cambio, el dolor de éste ahonda más; no sale al exterior, pero despedaza y corrompe el interior. En el niño el dolor aparece con estrépito; ocupa toda su alma por un instante; pero no deja ninguna huella, y es en él una señal de vida; por eso nos encanta y nos conmueve.

En fin, considerad todas las acciones del niño y vereis que os complacen, porque revelan una naturaleza llena, libre, feliz, confiada, inocente. Nada sabe de la vida; padece y llora sin ser desgraciado; hace mal sin ser malo. Dejo á un lado las excepciones que la naturaleza nos ofrece en todas las cosas: hay niños tan abrumados por el dolor físico ó moral, que el sentimiento de la desdicha humana surge en su espíritu antes de tiempo; y hay otros educados de un modo tan deplorable ó con un alma de condiciones tales, que conocen los vicios, por decirlo así, antes que las pasiones. Pero la infancia, por lo general, es feliz y buena; feliz, sin saberlo; buena, sin pensarlo; lo cual no es, preciso es decirlo, ni la verdadera felicidad, ni la verdadera bondad.

Observadores pesimistas ha habido que han visto la maldad humana ya en la niñez. San Agustin, llevado de un sentimiento de exagerada compuncion, se acusa, como si fuera un crimen, de haber mordido á su nodriza cuando estaba mamando, de donde toma pié para atacar la inocencia de la infancia. Pero en contra de él hay una autoridad ante la cual la suya misma debe ceder; la de aquel que dijo: «dejad que los pequeños

vengan á mí: el que no sea semejante á uno de estos pequeños, no entrará en el reino de los cielos.» San Agustín entra en una porción de sutilezas para interpretar este último pasaje. Pretende que significa que, así como los niños son pequeños por la estatura, los santos deben serlo por la humildad. Pero esta interpretación no tiene fundamento alguno: destruye el encanto de uno de los más bellos pasajes del Evangelio; es contraria á la tradición que nos ha conservado la pintura del amor que Jesús tenía á los niños; y es, finalmente, contraria á la naturaleza que nos lleva á amar la infancia, no solo porque es graciosa y alegre, sino tambien porque es sencilla, cándida é ignorante.

No pretendemos decir que el niño nunca hace el mal, ni que á veces no lo haga hasta con voluntad. Pero por lo pronto hay varios períodos en la infancia, y no negamos que en cierta época las ideas del bien y del mal se abren paso en el espíritu del niño, y que con esta distinción penetra en su alma cierta maldad voluntaria, momento que llega más pronto ó más tarde segun los casos; pero en todos hay una primera infancia completamente sencilla, en que se hace el mal sin saberlo, ó por lo menos sin comprenderlo. Puede, sin duda, saber que una cosa es mala y hacerla sin embargo; pero no sabe por qué es malo hacer una cosa mala. Es preciso guardarse de juzgar la infancia como nos juzgaríamos á nosotros mismos. Hay acciones que serian muy malas en el hombre y que no lo son en el niño, ni cuando las hace con intención, porque no las lleva á cabo á la luz de los principios que nosotros poseemos. Cuando San Agustín se echa en cara en sus *Confesiones*, con tanta amargura y con arrepentimiento tan sincero, el haber robado peras siendo niño, con algunos muchachos traviesos de su misma edad, exagera mucho el alcance de su falta; porque es evidente que no unía á semejante robo las ideas propias de un ladrón de oficio.

Es verdad que algunas veces las acciones de los niños tienen más gravedad; por ejemplo: este famoso robo del pañuelo que J. J. Rousseau nos cuenta en sus *Confesiones*, y por el que dejó que se acusara á una pobre criada. Era una acción verdaderamente odiosa y de muy mal augurio para el porvenir. Pero el mismo Rousseau nos dice que apenas tuvo infancia; y es preciso no juzgar de la infancia en general por algunos individuos extraordinarios en el bien ó en el mal, ni por algunas acciones aisladas.

He dicho que, en general, la infancia ignora el mal, pero que no está exenta de defectos. Es preciso distinguir en estos dos clases: los que hay en la misma naturaleza del niño, y los que no son de la infancia, sino que provienen de una educacion mal entendida ó de cierta disposicion natural demasiado favorecida. Los primeros no quitan su encanto á la infancia: es preciso combatirlos sin duda con cuidado; pero algunas veces es indispensable soportarlos por política. Los otros se introducen bajo la máscara de la gracia: estos son sobre todo los que es preciso apartar y desarraigar. Hay por excepcion niños en los que estos vicios parecen naturales; pero en general, como nosotros somos quienes se los comunicamos á la infancia, de nosotros depende el evitarlos.

Es necesario no tomar siempre por más graves los defectos que nos sean más desagradables. Un niño súcio nos desagrada y con razon; pero si reflexionamos, veremos que lo que más choca en la falta de aseo de un niño es que supone ordinariamente la de los padres; porque para el niño mismo es bien difícil comprender el interés con que tratamos de cuidar nuestra persona y vestidos. Jugar le parece mucho más importante que cuidar de su vestido. Otro tanto puede decirse de un niño mal educado: la educacion no es para el niño más que una molestia, cuya razon no puede comprender. Observad que el niño está obligado á ser fino con todo el mundo, y que nadie está obligado á serlo con él: le falta, pues, la principal razon que le hace á uno ver la necesidad de la buena educacion; es decir, la utilidad de las atenciones recíprocas: para el niño, la cortesía es un yugo y nada más. Amenudo la descortesía proviene de la timidez. Obligad á un niño á recorrer un gran círculo y á saludar á cada uno en particular: se niega; creéis que es una rebeldía lo que no es más que confusion. No quiero decir por esto que no sea necesario habituar al niño á la cortesía, sino tan solo que, no comprendiendo la necesidad de estas consideraciones sociales, no es de sorprender que falte á ellas.

Hay defectos más graves, pero que son aún naturales en la infancia; por ejemplo, la pereza y la cólera. ¿Qué tiene de extraño que esta naturaleza impetuosa, impaciente de vivir, y que no sabe respirar en cierto modo más que en medio del ruido y del movimiento, tenga dificultad en aplicar de una manera regular y seguida su jóven inteligencia á cosas que no la soprepujan sin duda; pero que no tienen al parecer relacion alguna con sus gustos y sus necesidades? Que el niño no se avenga

á la regla, al reposo, al trabajo intelectual, que trate de evitarlo por todos los medios posibles, que su imaginacion esté en actividad cuando está su mano sobre el papel y sus ojos sobre el libro, ¿cómo extrañarle, cuando el mismo hombre maduro no se somete al trabajo con frecuencia, sino atado por los lazos férreos de la necesidad? La cólera parece ménos excusable que la pereza; pero el que se forma una idea exacta de la infancia, no se asombrará de que, semejante á estos árboles vigorosos, animados por una sávia inagotable, prefiera á veces quebrarse que plegarse. Si se desenvuelve, es porque posee una fuerza de accion muy enérgica; ¿cómo entonces puede prever los obstáculos y cómo no ha de irritarse cuando los encuentra? ¿Dónde quereis que el niño haya aprendido el principio de que debemos sacrificar nuestros deseos á la regla, al órden, á la necesidad? Para llegar á esto, es preciso que pase por muchas experiencias, y no es extraño que no las haga sin oposicion.

No deduzco de aquí que la cólera y la pereza sean defectos agradables y excusables. Me contento con decir que son naturales. Combatidlos, luchad con ellos empleando la razon y la coaccion, la severidad y la dulzura, las lecciones y el ejemplo; en una palabra, todos los medios cuyos pormenores hallamos en los tratados de educacion. Pero no imagineis que todo lo habeis hecho, si, al comprimir estos defectos, habeis dejado introducir ó habeis introducido vosotros mismos otros más perniciosos, ménos visibles y á más hasta agradables á primera vista, que quitan á la infancia su sencillez, y que, corrompiendo tan pronto la naturaleza moral en su fuente, preparan la formacion de séres débiles, afectados, impotentes é insoportables, para sí propios y para los demás; de esos defectos podríamos citar muchos: la afectacion, la vanidad, el egoismo, la falsía. Hé aquí los vicios verdaderamente peligrosos, no solamente porque forman niños malos, sino, sobre todo, porque son anuncio de que serán malos hombres.

P. I.

(Se concluirá).